

## ENTREVISTA A AITANA ALBERTI

PEDRO GUERRERO RUIZ  
Murcia-La Habana, 21 diciembre 2001

**P.G.—Aitana, tú naces en el exilio, que tendrá en ti un significado especial, posiblemente por los recuerdos tan queridos: Punta del Este, los propios de tus padres, Rafael Alberti y María Teresa, ¿es esa tu arboleda perdida?, ¿qué significa toda esa mirada infantil ahora?**

**A.A.—**Yo era un arbolillo que crecía inocente donde lo habían sembrado: un jardín pequeñísimo en una ciudad enorme, tan inmensa que era imposible imaginar límites, frente a un río también inconmensurable que a veces, en los lentos crepúsculos otoñales, cuando la luna austral despuntaba en el horizonte, cambiaba su piel oscura, aindiada, por otra, sutilmente luminosa, y entonces, quienes tenían tiempo de detenerse y contemplar el arribo de la noche (poetas, niños, vagabundos) comprendían por qué lo habían bautizado Río de la Plata.

El jardín estaba en la calle Las Heras, y era más importante que la casa y que el barrio y que el Botánico y el Zoológico cercanos. Dos estrellas federales, un banco de parque venido a menos, un mirto, algunos maltrechos rosales y una hiedra de un verde idéntico al de mi uniforme del Colegio Lange Ley, derrotada por los abrazos letales de la enamorada del muro, devoradora de las viejas paredes que lo separaban de los jardines colindantes.

Ese era mi jardín, aquellos mi ciudad y mi río. Al principio, ¿cómo entender que debieron ser otros? ¿Cómo una niña va descubriendo que muy lejos de su pequeño mundo y del gran río pardo y del mar de Punta del Este, subiendo por el globo terráqueo, tanto, que cuando aquí empieza a refrescar allá ríe la primavera, hay otro país, otra ciudad, otro río, quizás otro jardín? “Madrid, qué bien tu nombre suena...” Madrid, Madrid...

Mi ciudad hubiera debido llamarse Madrid. En ella las mujeres se hacían con las bombas tirabuzones, los hombres tomaban el tranvía para ir al frente de batalla y un oso trepaba incansablemente a un madroño (sólo Dios sabría cómo era un madroño) en la Puerta del Sol, que no era una puerta sino una plaza.

Manzanares era el río de Madrid. Muy chiquito, decía Rafael; un río de juguete, fácil de abrazar, manso como las ovejas que todos los años bajaban a saciar su hambre de hierba fresca en los campos de Majadahonda, cerca, muy cerca de la ciudad donde yo hubiera debido nacer

“Madrid, capital de España, late con pulsos de fiebre...” Comprender esa fiebre, ese dolor, ese arrebató; sentir latir mis pulsos con idéntica cadencia. Golpes terribles que se ha-

bían abatido imparables sobre el corazón de aquel país que hubiera debido ser el mío. Y por alguna razón misteriosa que el río oculto de la sangre impone, creo que ya desde muy pequeña asumí mi doble nacimiento.

Andando el tiempo fui descubriendo las claves, los porqués, las sinrazones, del cataclismo que lanzó a mis padres tan lejos del Museo del Prado, de la terraza del paseo de Rosales y de los poetas amigos que para la historia de la literatura universal configurarían la generación del 27.

Los años americanos de María Teresa León y Rafael Alberti —¡Señor, casi 23!—, fueron los años centrales de su actividad creadora. *Entre el clavel y la espada, Retornos de lo vivo lejano, A la pintura, Ora Maritima, Baladas y Canciones del Paraná...* por citar sólo algunos poemarios escritos en el exilio rioplatense.

Porque no sólo fue Buenos Aires. Hacia 1944 descubrimos un paraíso en la otra orilla del río. Punta del este y la casa que allí diseñó para nosotros el gran arquitecto catalán Antoni Bonet, Las playas sin fin, los pinares solitarios y La Gallarda era todo lo que una niña de temperamento retraído y novelesco podía desear.

En un pequeño libro: *Poemas de Punta del Este*, Rafael atrapó el aroma imborrable de los veranos transcurridos en La Gallarda. En 1997, luego de casi cuarenta años de ausencia, regresé a Punta del Este. Y allí estaba La Gallarda, perfecta en su blancura, como si jamás la hubiésemos abandonado en manos extrañas en el remotísimo 1953. Y me enteré que desde entonces jamás ha cambiado de dueño, manteniéndose así gracias a la sensibilidad del abogado montevideano que nos la compró entonces. Si El Puerto de Santa María, simbolizado en su arboleda perdida, fue el paraíso de Rafael Alberti, La gallarda y Punta del este son el paraíso perdido de Aitana Alberti.

### **P.G.—¿Hay en Rafael Alberti un permanente deseo, una permanente vocación de pintor?**

A.A.—Recuerdo muy bien el estudio de papá en la casa de la calle Las Heras al final de un larguísimo pasillo. Su tablero de dibujo estaba colocado junto a la ventana y mientras pintaba podía buscar inspiración en el pequeño mirto que sembrara con tanto amor. Comenzó nuevamente a pintar después de veinte años dedicados casi exclusivamente a la poesía. Escribir *A la pintura* fue una inspiración mayor para retomar la que había sido su primera vocación. “Mi adolescencia: la locura por una caja de pintura, un lienzo blanco, un caballete.” Ahora escribo estas líneas ante una preciosa tauromaquia suya de 1975, en rojo, amarillo y negro, titulada “Revolera...”. Cuando estoy cansada de tamborilear torpemente en las teclas del ordenador, o mi cabeza delira de palabras, o simplemente necesito pensar, alzo los ojos y detallo las líneas purísimas, la gracia volandera del capote girando como la rosa de los vientos alrededor del brazo del torero, la fina línea roja del estoque, y siento una admiración sin límites hacia el Rafael Alberti pintor. Entonces surge del fondo de la memoria la chispa de alegría que rondaba sus ojos cuando preparaba una exposición o dibujaba sus poemas, con precisión de calígrafo chino, en maravillosos libros de coleccionista.

### **P.G.—¿Tus recuerdos de Roma y de España, con tus padres?**

A.A.—En 1963 cambiamos el Sur por el Norte. Al tomar esta decisión capital que implicaba un cambio de vida tremendo, la paloma albertiana no se equivocó.

¿Qué hubiera sido del refugiado español republicano, del poeta comunista, del revolucionario autor de *El poeta en la calle*, de su compañera, escritora igualmente comunista y revolucionaria, y de la única hija de ambos, durante las dictaduras militares que asolaron a la Argentina, dejando un saldo de más de diez mil desaparecidos, entre ellos un altísimo número de intelectuales? ¡Nunca más!, gritó Ernesto Sabato desde un libro de denuncia sobrecogedor. Creo firmemente que hubiéramos figurado los tres en sus sangrientas páginas.

Roma fue un aproximarse al lugar que les estaba vedado desde hacía tanto tiempo. En Roma casi se podía tocar España. Lo hacían de algún modo escuchando los relatos de los amigos y admiradores que a diario llamaban a la puerta, primero de Via Montserrat 20, y después de Garibaldi 88, en el popularísimo Trastevere. Ambas casa fueron centros de peregrinación constante. Ni el Papa en el Vaticano recibe a tanto fieles, decía mi padre, entre risueño y conmovido. Ellos eran España, su calor y su gracia, a veces algo ingenua, que hacían exclamar a mi padre, entre risueño y emocionado: “Caramba, creo que recibo más peregrinos que el mismísimo Papa en el Vaticano.”

### **P.G.—¿Qué es *Pleamar* para ti?**

A.A.—*Pleamar* fue el primer libro de poemas que papá escribió enteramente en la Argentina. Su primera sección se titula “Aitana”. “Para ti, niña Aitana, / remontando los ríos, / este ramo de agua...” Yo era “la hija de los desastres”, llegada con la paz. Creo haber sido heraldo de tiempos más bonancibles.

América fue “refugio y amparo para los desamparados de España” ya en tiempos de Cervantes. Rafael y María Teresa han expresado de todas las maneras posibles su agradecimiento y su amor a la tierra buena que los acogió cuando clamaban por “una patria, una patria pequeña como un patio o una grieta en un muro muy sólido”.

*Pleamar* es ahora el nombre de mi casa en la Habana., y por extensión, Ediciones Pleamar una colección de libros únicos hechos enteramente a mano por mí, que regalo a mis amigos en ocasiones importantes.

*Pleamar* también es un estado de ánimo, una pasión por la fuerza marina invadiendo la playa, un cántico a cuanto exalte los más altos y dignos impulsos del corazón humano.

### **P.G.—¿Tu entrada en España?**

A.A.—Mis padres no podían entrar en España, pero yo sí. Lo hice por primera vez exactamente el 18 de julio de 1965. Cruzamos en coche la frontera con Francia, por Figueras, y presenciamos algunos de los actos de celebración del glorioso alzamiento franquista. Cataluña celebraba desangeladamente el día del glorioso alzamiento franquista. Cataluña nunca fue muy adicta al dictador del Pardo. Después de los toques de trompeta en medio del tremolar de banderas rojas y gualdas, y de conversar con unos amigos “rojillos” (así se autocalificaban) me asomé, como en un sueño, al “turquesado mar de Barcelona” y pensé intencionalmente en los muertos y en los vivos; en los muertos que nunca más verían el esplendor libre de ese mar, en los vivos malmuriendo en las cárceles, o penando en lugares tan ajenos como Moscú, Pekín o Camberra, y en aquellos que tuvieron la suerte de llegar a América, “refugio y amparo de los desamparados de España” ya en tiempos de Cervantes, que no perdieron el tesoro de seguir expresándose en su propia lengua. Todos ellos juntos eran el altísimo legado que me dejaban mis padres. Ahora me tocaba a mí conservarlo y enaltecerlo.

Los llamé por teléfono. Sus voces me llegaron firmes y claras. Como debía ser. Llamé a mis padres por teléfono. A pesar de los pesares, la madre España seguía siendo hermosa.

**P.G.—¿Qué crees que le faltó a tu padre por decir en poesía, o que te hubiese gustado a ti que dijese y no dijo?**

**A.A.—**En su larguísima y fecunda vida a Rafael Alberti no le quedó nada por decir. Podríamos preguntarnos mas bien, y lo hago a menudo, ¿qué hubiera escrito Federico si no lo hubieran asesinado en el esplendor de su vida? ¿Cuántos poemas maravillosos, cuántas obras de teatro hubiera escrito?

Mi padre fue un poeta de voces múltiples: lírico, épico, íntimo, satírico... manejó todas las métricas y todos los ritmos. En esto puede compararse con Picasso:

El malagueño fue muchos pintores; el gaditano fue muchos poetas. Ambas creaciones fueron corales, estupendamente polifónicas.

**P.G.—¿Qué te enseñaron tus padre a amar?**

**A.A.—**Mis padres me enseñaron ante todo a amar la dignidad y la solidaridad. La poesía, la belleza, la ternura, el buen humor, la perseverancia, la sencillez.

**P.G.—María Teresa León: ¿sus recuerdos, lo que te contaba, tus recuerdos...?**

**A.A.—**Cuando bajamos del avión de Iberia que devolvía a mis padres a su patria después de casi 38 años de exilio, en medio de los abrazos y los vítores yo miraba a hurtadillas el rostro sonriente de la anciana de cabellos blancos en la que se había convertido la valiente miliciana de la cual Alejo Carpentier había escrito: “María Teresa León, esa mujer elegantísima, de una belleza extraordinaria, que ha puesto toda la fuerza de su inteligencia al servicio de la República Española”. Aquella miliciana era ahora esta anciana que ignoraba en qué suelo sagrado había posado los pies luego de tanto peregrinar. Mamá no sabía que había llegado al fin del viaje. Su mente tan lúcida había ido intrincándose en las tinieblas de la enfermedad de Alzheimer y no entendía por qué una multitud cantaba consignas alegres; pero ella había sido educada por las monjitas del Sagrado Corazón y una educación exquisita la hacía soportar con la sonrisa en los labios los apretujones y tironeos, y devolver los besos y abrazos de cientos de desconocidos emocionados. Sólo después de varios días comprendió que había vuelto a la ciudad de su juventud, donde había sido una fiesta pasear del brazo de un joven poeta por la calle de Alcalá.

Hace poco la visitamos en el cementerio de Majadahonda. Hacía frío y no conseguimos flores. Ahora era yo la que iba del brazo de un poeta nacido muy lejos de España, en la isla donde he decidido vivir. En la lápida de mármol blanco el verso de mi padre: “Esta mañana, amor, tenemos veinte años.”

Podría añadir una pregunta nerudiana: “¿Es tan corto el amor y es tan largo el olvido?”

**P.G.—¿Qué recuerdos tienes de tus padres con algunas de las personalidades de la cultura, la literatura, las artes...?**

**A.A.—**Los amigos iban y venían como las olas. Algunos permanecieron siempre a nuestro lado. Amigos incondicionales aunque no vivieran bajo el mismo cielo.

Iban y venían, pero nunca se fueron. Pablo Neruda y Delia del Carril. Delia, la engañada, la que recibió *Los Versos del Capitán* como una bofetada poética, la que huyó a París como una adolescente y se convirtió en una artista plástica excepcional; la que murió con 102 años de edad y dejó su casa de Los Guindos al Partido Comunista de Chile. En esa casa rodeada de un jardín asilvestrado, cuando tenía seis años, vi una hornacina llena de mariposas azules y una habitación repleta de caracoles, que Pablo coleccionaba compulsivamente. En 1998 regresé a Santiago.

En el salón de Los Guindos me recibieron las mismas mariposas de alas azules, espléndidas en su fragilidad intocada. Lo más perecedero había sobrevivido al tiempo. La casa se estaba cayendo; ellas conservaban su espacio sellado, más allá de todos los fallos humanos. Las cenizas de Delia se conservan en su propia habitación, dentro de una modesta urna de cobre. A un lado de la urna, en la mesita, un ejemplar dedicado de *La arboleda perdida*; detrás de la cama, una fotografía gigante de la cordillera con una hilera de álamos en primer plano.

Fui también a Isla Negra y a la Chascona, en Santiago, tras la huellas de Pablo y Matilde. Pero yo amé mucho a Delia, ella fue mi amiga personal, más allá de su amistad con mis padres, y en el fondo de mi corazón nunca acepté del todo la presencia de Matilde.

Otro gran amigo que tuvimos fue Nicolás Guillén. Por él vine a vivir a Cuba. Nicolás fue uno de los hombres más simpáticos y cálidos que he conocido. Conservo cartas suyas ilustradas, e incluso con frases escritas al revés. El era capaz de escribir como si se miraran las palabras en un espejo y sólo colocándolas ante uno descubrías su significado. En las navidades de 1984, las primeras que pasaba en Cuba, se presentó en casa con un regalo inesperado: la edición príncipe de la novela de mi madre *Juego limpio*, que esta le había dado, dedicada, en la Argentina.

No puedo hablarte de todos los poetas y escritores que conocí con mis padres. Solo mencionaré uno más: Pepe Bergamín. Hace poco encontré una fotografía en la que estamos los dos en el cigarral que tenía en Toledo mi queridísima Fina de Calderón. Por cierto, papá le hizo unas preciosas ilustraciones a un texto de ella: *Fuego, grito, luna*, dedicado a Lorca. Pepe vino muchas veces a mi segunda Gallarda, en Torremolinos. Muy cerca, en la misma calle, estaba La gaviota, la casa de José María Amado, sobrino de Bergamín. Eran los tiempos heroicos de la revista *Litoral*, que José María sacaba adelante contra viento y marea; debería decir: contra censura y escaso presupuesto. En estas dos casas se inició el genial epistolario *De equis a equis*, entre ambos poetas.

### **P-G.—Háblame de su muerte, de la muerte del padre y la muerte del poeta.**

A.A.—No me gusta hablar de la muerte, y menos de la de mi padre. Aquello fue una pesadilla. Nadie quiere adentrarse en el reino de las tinieblas si no es imprescindible u obligatorio. Él no ha muerto. Cada vez que leo un poema suyo siento la alegría de su presencia. Y cuando yo misma haya desaparecido, lectores anónimos abrirán un libro suyo o recordarán un verso cualquiera, por ejemplo: “Hoy las nubes me trajeron volando el mapa de España...”; o: “Se equivocó la paloma, se equivocaba, por ir al norte fue al sur...”; y tal vez en una cárcel perdida en cualquier rincón de América un preso diga, bajito, como las mujeres confinadas en el presidio de Punta Carreta, Uruguay, durante la dictadura militar: “Nadie, nadie, nadie, que enfrente hay nadie, si va en tu montura. / Galopa caballo cuatralbo, jinete del pueblo, que la tierra es tuya. A galopar, a galopar, hasta enterrarlos en el mar.” Así viven los poetas, en la inmortalidad de la palabra.